La Universidad en el Pedregal

German Arciniegas*

Hace dos años llegué a México por primera vez. En el itinerario de la vida de cualquier persona de este hemisferio, es fecha que señala un momento decisivo. Hasta donde me fue posible entonces, escudriñé el valle en que se produjo la visión de Anáhuac. Hice los paseos de rigor a los jardines flotantes de Xochimilco. En Teotihuacán traté de imaginar lo que serían las pirámides que hoy vemos muertas, cuando vestidos de emoción religiosa los indios las cubrían de plumas riquísimas y de voces que pretendían llegar hasta el sol. Con Vasconcelos me acerqué un día a las faldas del Popocatépetl, con deseos de agarrar en las manos un poco de nieve y saborear su pureza. Pero hubo un punto de la meseta en que varias veces detuve la mirada: el Pedregal.

El Pedregal era entonces eso: un pedregal. Un pedregal con piedras como para un calvario, con cactus coronados de espinas, con íntimas voces de soledad, penetradas por el aire fino. Carlos Pellicer había escogido el valle de México para hacer su famoso nacimiento en aquel diciembre. Ahí estaba el rincón preciso para que en la casa más pobre y más torcida, las pajas más humildes se doraran al caer en su nido la estrella cristiana. Hace un año, por el Pedregal se paseaban los burros y una que otra alma –porque los indios son los que tienen alma–, entre la corona de espinas que indicaban las plantas solitarias.

He vuelto ahora al Pedregal y de repente he visto que allí se alzan los edificios de la que será muy pronto la universidad más grande del hemisferio. El presidente Alemán se la confió al licenciado Carlos Novoa. Es una universidad que el gobierno de México ha hecho con ilusión de renacimiento. Se ha trabajado febrilmente. La idea ha sido construir en el terreno mismo donde parece haberse desenvuelto la más antigua civilización del continente, la más nueva ciudad de América. En efecto, rompiendo la cáscara de lavas que constituye el piso del Pedregal, se han encontrado los restos de las primeras culturas que quizá iluminaron en ese lugar las duras noches de los primeros mundos nuestros. Y ahora, ya señorea el lugar la inmensa torre de la Facultad de Ciencias con sus 15 pisos de abiertos ventanales, y ya está concluida la estructura del edificio de Humanidades, que tiene un frente de 312 metros de longitud.

Se ha trabajado con rapidez y fervor. El arquitecto Carlos Lazo, que ha puesto toda su juventud al servicio de esta obra, relataba esta anécdota

Foto: CESU

* *Universidad de México*, diciembre de 1951

sobre el espíritu de cooperación de los contratistas, todos ellos universitarios. En medio de una conferencia, el ingeniero que tenía a su cargo la construcción del edificio de Ciencias se levantó de pronto y dijo:

—Ahorita vengo.

—¿Dónde vas? –le preguntaron los compañeros.

—Voy a echar un piso y regreso.

El entusiasmo explica cómo pudo descubrirse en el Pedregal el sitio indicado para levantar la gran casa de la cultura de la América indoespañola. Lo que el arquitecto Lazo ha visto en el Pedregal, según él lo dice, es precisamente lo que don Alfonso el Sabio pedía para la universidades, a saber: "De buen aire et de fermosas salidas debe ser la Villa do quieran establecer el estudio porque los maestros que muestran los saberes et los escolares que lo aprenden vivan sanos y en él puedan folgar et recibir placer a la tarde cuando se levanten cansados del estudio, et abondada de buenas posadas en que puedan morar..."

Las buenas posadas ya empiezan a surgir. Millares de estudiantes podrán vivir en la Ciudad Universitaria de México. Conociendo muchos de los campos de las universidades de Estados Unidos, no he visto ninguno que se haya proyectado en tan ambiciosas proporciones como éste de México, que tiene además este otro encanto: se han reunido las invenciones más atrevidas de la arquitectura moderna, con la tradición arquitectónica de las pirámides precolombinas. Ha sido un feliz hallazgo, en la serie de frontones que le dan un fondo a los campos de deportes, utilizar la línea de las pirámides, de tal suerte que el visitante llega como a un nuevo Teotihuacán.

El doctor Luis Garrido, que con sencilla dignidad preside la Universidad, decía: "Cuando la Universidad se traslade a su nueva morada habrá dejado atrás su pasado colonial, habrá superado su azarosa vida nacional que iniciara en 1910 y entrará de lleno en una tercera etapa... que influirá ventajosamente en la formación de las nuevas generaciones y en el propio destino de México".

El cambio ya se ha producido. En México no se lleva al visitante a mostrarle el nuevo cuartel, sino la nueva universidad. Todo el orgullo de la república se alza ahora en la Ciudad Universitaria del Pedregal. Pero tengo la impresión de que lo que va a superarse allí va a ser la simple etapa nacional. Si el ritmo acelerado que van tomando las dictaduras en buena parte de la América indoespañola se acentúa, ésta será una Ciudad Universitaria internacional y libre desde donde las juventudes de toda la América puedan planear la reconquista de las libertades momentáneamente perdidas y devolverle al continente de los bolívares el tono natural de su independencia.